

Las vistosas danzas de los gremios morellanos



La histórica ciudad de Morella.

A PARECE la ciudad de Morella bajo el arco del horizonte como un gigantesco navío aprisionado entre el cespido oleaje petrificado en las montañas del Maestrazgo. Ciudad medieval en su traza. Ciudad de aguafuerte. La ciñe un gris cinturón de murallas almenadas. La coronan las ruinas de un castillo.

Ahora discurren por esta carretera de Aragón que da acceso a la histórica ciudad camiones y automóviles en azeleado ritmo progresivo. Morella se ha convertido en un poderoso centro de producción y ofrece uno de los ejemplos más típicos entre las ciudades de España de ascendencia industrial, de progresión segura hacia la modernidad. La ciudad ostenta una severa fisonomía que evoca un glorioso pasado, pero es moderna de espíritu e inquietudes. Su vida dinámica y su traza medieval ofrecen sorprendente multiplicidad de contrastes.

Ante la puerta de San Mateo se atropellan continuamente automóviles y camiones que hacen sonar sus claxons y sus bocinas, como un rebaño a la hora de recogida.

Dentro, callecitas pinas y tortuosas, en escalera, empedradas de guijos. El casalicio encalado, con los rojos tejados invadidos de finos musgos verdosos, asciende también en escala hacia la plaza de la Iglesia Arciprestal de floridas puer-

tas góticas y esbeltas naves. Bajo los arcos de éstas se cobijó un día la pompa solemne de la corte pontificia de Pedro de Luna, el Papa español, y resonó la palabra milagrosa de San Vicente Ferrer, el gran taumaturgo valenciano.

Todo sugiere en el interior de la ciudad imágenes y reminiscencias de un pasado glorioso y tradicional: los palacios de portaladas insignes, las iglesias, relicarios de las preseas creadas por aquellos artífices de la orfebrería conocidas en el mundo por el nombre de "punzones morellanos", esta calle Mayor con sus graciosos soportales. Día de mercado en la ciudad. He aquí como bajo los soportales y en la calzada se improvisa una viva estampa rusa de prodigiosa decoración. Acuden de los pueblos vecinos, campesinas ataviadas con sus típicos trajes-refajos pomposos de lana a cuadros

negros y rojos, pañolones floridos sobre los prietos justillos. Pañuelos de pita estampados de varios colorines encuadran los rostros de mejillas finas como manzanas rosetas. En serones de palmón se amontonan membrillos y manzanas, quesos y verduras. Confusión de mantos y alforjas de colorines. Masoveros con los pañuelos a guisa de turbantes. Junto a una tiendecita de dulces y confituras de remota ascendencia morisca, unos ciegos cantan sobre lamentos de guitarras, y un viejo acordeón, canciones y romances.

—También vendemos libritos para cortejar claman ante el concurso que les escucha—. Los milagros de Santa Genoveva. El crimen de Rosell.

De tiempos lejanos, todas estas glosas a la actualidad de los ciegos trotamercados se imprimen en Morella.

Junto a todo esto surge el contraste. En mis paseos por las calles compruebo el fuerte latido de vida nueva que vivifica la ciudad. En el interior de los viejos palacios gimen los controles eléctricos, zumban los motores, rumorean las máquinas de los modernos telares, teclean las máquinas de escribir y un ejército de obreros se afana en la confección de los nuevos productos con máquinas modernas.

LA DESAPARICION DE LAS GLORIAS DE LA ARTESANIA

—Hasta principios del presente siglo—me dicen—este enjambre de obreros aun conservaba



La danza del gremio de tejedores.



Mozas en flor, vestidas de seda y enojadas de collares. Como en la danza de los tejedores, bailan en torno a un tizo adornado con flores.

en toda su pureza la gloriosa tradición de los gremios medievales. No se llamaban entonces obreros, eran artesanos y artistas. Se llegaba a la gloria de la ostentación de tales nombres, tras un concienzudo aprendizaje y el ejercicio de una comprobada maestría. Ahora, de los antiguos gremios sólo queda la tradición de sus danzas como detalle pintoresco. ¡Lo demás lo hacen todas las máquinas!

A danzas ha quedado reducido el florecimiento de la vida gremial en todo el Maestrazgo. Así me lo asegura un tejedor, uno de los últimos artesanos de Morella al viejo estilo, ante su telar moruno, mientras va y viene la lanzadera y carda el peine el trenzado de los hilos y cantan los batientes del telar como codornices.

—Al viejo estilo se trabajaba más a conciencia—añade—las telas, las fajas moradas; las mantas eran mejores y más bonitas. Uno las hacía a su gusto y no al de las máquinas que no saben variar un dibujo ni un trenzado.